

"EL PALADION."

Núm. 1º

Como en la noche del 8 al 9 de julio del año que espiró llegara á nosotros un ejemplar del programa de la celebración de la última de estas fechas, aniversario del triunfo de las armas republicanas sobre la dictadura de Veintemilla, y en él (el ejemplar referido) se anunciase que habia tribuna pública, se nos vino tomar parte en ese festejo, y presentarnos en la tal tribuna, que fué una mesa, á decir, antes que exagerados encomios, algunas verdades instructivas. Estas, que olieron á azafétida al lado del incienso que quemaron los otros tribunos, produjo el mal efecto que esperarse debia. El Comitè del 9 de Julio que, como otros comités en toda ocasión acostumbran, habría dado á la estampa, en edición lujosa, las flores de la lisonja con que se regala á los que están en el poder, se vió sin duda muy embarazado al tener que poner en el ramillete la flor de la verdad proferida por nosotros, y resolvió dejar que se pudran todas las composicionsillas, dejar á la sombra las flores del día para recojer y exhibir solo las de la noche, donde cadenciosas sí, pero aduladoras estrofas valieron al poeta una legación diplomática. Nosotros también habríamos dejado dormir el sueño del olvido á nuestro desarreglado discursito, ó si se quiere, indigesta loa; pero élla contiene el programa de nuestra publicación, y así preferimos sacarla á luz, antes que entrar en las obligadas disculpas que se estilan en el primer número de toda publicación de esta clase. Con perdón, pues, de los pocos á quienes disgustó, y

dando gracias á las personas que le dieron su aprobación, lo insertamos aquí, tal como fu pronunciado en presencia del pueblo y casi todo el personal del Gobierno que concurrió á los balcones de la casa Municipal.

“Heroico pueblo ecuatoriano:

“Permite que el último de tus compatriotas á quien cupo sufrir algunos de los azules de la campaña, participe también de tu regocijo en este día de júbilo que, con razón, debe ser contado entre los grandes días de la Patria. Permite que, aunque indigno, venga á profanar esta tribuna, uniendo su débil voz á las elocuentes y poéticas que han saludado el sol brillante del Nueve de Julio, fecha que llenará de gozo á los hijos de nuestros hijos, y cuyo nombre recordarán, llenas de orgullo, las generaciones que nos sucedan.

‘Sensible es que nuestra inercia no haya hecho que las rocas nos den sus mármoles para levantar estatuas á los vencedores, y que los antros tenebrosos de nuestras avaras tierras nos franqueen sus metales, para, de bronce erigir monumentos que, desafiando á las edades, inmortalicen las acciones heroicas de nuestros valientes compatriotas, y con oro escribir las páginas de esa grandiosa epopeya en que supimos conquistar nuestra libertad, vindicando nuestra honra nacional vilipendiada: sensible es que no tengamos medios de manifestar nuestra gratitud para los que pudieran llamarse nuestros libertadores. Pero nuestros héroes no han menester recompensas; y, esos monumentos mudos, no son siquiera necesarios cuando el héroe es todo un pueblo; y hay mil lenguas que elogian, bardos que cantan, y un millón de pechos palpitantes que, llenos de reconocimiento, conservan en su memoria los nombres de sus más sobresalientes candillos así como también las hazañas de cada uno de los que se han distinguido en

esa lucha titánica, en que el pecho desnudo del ciudadano desarmado se oponía à las bayonetas de los sicarios que asalariaba el tirano; en su propio nombre, con el sudor del pobre proletario.

Orgullosa el tirano, con sus falanges, sonreía con desden de los esfuerzos que creía impotentes. No sabía que nunca se puede afrentar impunemente à un pueblo hollando sus instituciones, vapulando su juventud, proscribiendo el mérito, persiguiendo la virtud; ni menos corromperlo con el ejemplo de impúdicos festines y la repetición de obscenas orgias. Ignoraba que siempre llega para los pueblos no corrompidos, un día en que se rompen las ligaduras que lo atan, y en débiles astillas se deshace el yugo ignominioso con que se quiere doblegar su cerviz: y entonces se mueven, se entienden, se agitan con furor, y se levantan à manera de atlético gigante, para hablar frente à frente à sus déspotas; pedir cuenta à sus verdugos y aplastar con su mole à los tiranos; escarmenando à los ambiciosos, castigando à los viles. Fiado el tirano en la lealtad de sus esbirros, animado con la adhesión de sus genizaros, continuaba en oprimir à este pueblo creyente, sin recordar que el Dios en quien tiene puesta su fé, sabe anonadar los ejércitos de los Farahones, romper las falanges de los que se constituyen sus déspotas, disipar como humo los robustos batallones en que, descreídos, fincan su poder y popularidad. Ese día llegó para el pueblo ecuatoriano. Su nombre es Nueve de Julio!!! Unido el pueblo se levantó como un solo hombre, y sopló; y à su soplo cayó el miserable tiranuelo que había convertido la política en un sistema de embustes forjados en la perenne orgía de sus palacios, la administración en un robo descarado, à la vez que ratero, de los caudales públicos, llegando su avaricia hasta donde llegó la insolencia de un Calígula. Poco faltó para que se le antoje hacer que el pueblo rinda adoración ó preste homenaje à sus caballos condecorados con la cruz de la legión de honor de Carlos V, habilitados ya con el grado de general ó ca-

pitán, cuando menos, para que pasando revista, se hallen en goce de pingües sueldos, que él percibía.

Si señores: triunfó la libertad; huyó cobardemente el tirano: sus valientes batallones se disiparon como la niebla al soplo del huracán: El Señor volvió por su pueblo; y h·lo aquí: grande, noble, digno, solemnizando el primer aniversario de su esclarecido triunfo. Justo es que lleno de aiborozo el corazón, y con el ojo fijo en el porvenir venturoso à que está llamado el pueblo ecuatoriano, festeje su triunfo ; justo que nos regocijemos en este día que conmemoramos aquel en que vindicando nuestra honra ante un mundo que, compadeciendo nuestra miseria, nos despreciaba, conquistamos sus respetos y su estima ; justo que nos congratulemos recordando el día en que empezó à alborear en nuestros horizontes, antes tenebrosos, la aurora de la libertad.

Cada pueblo, cada nación, tiene sus grandes días, sus fechas solemnes, en que celebrando sus triunfos, sus glorias, paga su tributo à sus mayores à la vez que, despertando en los pechos juveniles nobles aspiraciones, encendiendo el fuego del amor patrio, se prepara nuevos triunfos y con ellos nuevos días de ventura, nuevas fechas gloriosas. Los triunfos que el Senado Romano decretaba en honra de los que la engrandecían con sus conquistas, ó daban lustre con sus victorias, à la par que eran un premio al mèrito, una generosa recompensa al valor, al talento, eran también un poderoso estímulo con que mantenía siempre fecunda en héroes y hechos heróicos esa república de los Catones y de los Brutos.

Que esta solemnidad, este festejo y los más que nos recuerdan nuestros felices días, no sea un aniversario estéril que se limite à proporcionarnos un momento de placer, un respeto pasajero à los benemèritos, un débil tributo de admiración à nuestros héroes ; sino que sean la cimiento que engendre, el riego que fecunde y haga desarrollar esta mi aryabarta, donde cada soldado sea un héroe, cada estudiante un sabio, cada ciudadano un hom-

bre de pró, cada niño una esperanza.

La Iglesia tiene también sus aniversarios: celebra los de los bienaventurados: y no tiene el solo fin de darse el pláceme, la enhorabuena de que tenga un santo más que poner en sus altares, sino que esencial y primariamente se propone animar con el ejemplo de sus virtudes heroicas á que las pongamos en práctica, despertar en nuestros pechos el deseo de perfección, hacer que imitemos sus virtudes. De igual manera, y por idéntica razón, los aniversarios en que los pueblos conmemoran sus triunfos, sus glorias y sus héroes, deben tener por fin primario el exitarnos á obrar el bien, ejercitarnos en la práctica de las virtudes cívicas y privadas que han hecho celebre y respetable la memoria de los héroes que admiramos.

Prudencia, moderación, fortaleza, justicia son las principales virtudes sin las que no puede haber hombre grande alguno, á lo menos verdaderamente grande. Patriotismo, abnegación, desinterés, y otras muchas, derivaciones son de aquellas que, con razón, han sido nombradas cardinales. Hablando con relación á nosotros, á nuestra época, lo diré con franqueza, la virtud que en más estima he tenido es el desinterés, la abnegación. Esos jóvenes que, olvidando sus esperanzas más favoritas, dejando sus ilusiones más acariciadas, se lanzaron al sacrificio por vengar su patria, y salvar al pueblo, y después se retiraron á su hogar, sin pretender honores, empleos, recompensas ni indemnizaciones, son un modelo digno de imitarse, una prueba de sincero patriotismo que admirar y aplaudir. El patriotismo, para que llegue á ser virtud perfecta, no debe tener en mira medro personal alguno; sino que debe ser absolutamente desinteresado. Así, solo cuando el interés no tome cartas en nuestras resoluciones, y la ambición no eche sus lances en las generosas decisiones que el amor patrio encienda en nuestros pechos, podremos decir que el Ecuador progresa; que la República es grande, digna é igual, si no superior:

las ponderadas de Grecia y Roma.

Solo la práctica de las virtudes es lo que hace prosperar á los pueblos y engrandece à los hombres y naciones : hagamos esfuerzos por amar cordialmente á nuestros amigos, tendamos una mano sincera y cariñosa á nuestros enemigos; desterremos de nuestros pechos todo afecto innoble, toda pasión bastarda, toda aspiración que no sea pura. Enamoremosnos del bien, de la virtud, por el amable atractivo que inspiran; amemos el bien por el bien mismo, sin tener otras miras: pero ante todo, y sobre todo, como la primera virtud, como el principio de nuestra carrera republicana, sea el desinterés. A la perfección no se llega sino por escala y gradualmente: comencemos por renunciar nuestras ambiciones; por hacer que nuestros actos sean en todo desinteresados; y entonces diremos que estamos á la puerta del Olimpo; que ya tiramos por la senda de los varones ilustres:

Hoy que, nuevamente congregados, saboreamos los gratos beneficios de la paz, y unidos al amparo de la libertad que supimos conquistar, erguimos nuestras frentes ya sin mancha que nos ruborice, y podemos darnos el saludo cordial de "ciudadano"; para estimularnos á caminar por la senda de la república, para despertar en nuestros corazones los sentimientos de un noble patriotismo, y conservar el fruto de esos triunfos que tanta sangre y duelos nos han costado, levantemos nuestra voz, y en las aras de la patria, bajo la bóveda azul que nos circunda, acariciados por la bandera tricolor, signo elocuente de los albores de nuestra independencia, á los destellos de ese sol que parece más brillante á los ojos de los libres, juremos una vez más morir antes que ser esclavos, juremos guerra à muerte á los tiranos, juremos desterrar para siempre de nuestra patria, tanto el despotismo que corrompe y degrada, como las ambiciones bastardas que envilecen; proscribamos para siempre las frecuentes discordias de esa mal entendida política, cuyo verdadero nombre es el de empleomanía, desterremos esas luchas

fratricidas por intereses personales, que maltraídos nos tienen en los cortos lustros que contamos de existencia política. Juremos al efecto, estar alerta y permanecer estrechamente unidos, para sofocar toda pretensión que huelga á despotismo, para contener todo acto que tienda á burlar nuestras garantías, toda tendencia á hacer irrisorio nuestro sistema republicano. Dios complacido escucha nuestros votos; un mundo nos contempla; las sombras de Bolívar y Sucre nos sonrien cariñosas; los manes de nuestros mayores, las víctimas de la independencia, nos miran satisfechos; y nuestros votos se elevan al Altísimo, á manera de las espirales caprichosas del incienso que se quema en sus altares: y El nos escucha; porque le es aceptada la adoración de pueblos dignos. El no quiere hombres abyectos, ciudadanos de esclavos, ciudadanos sin honra, ejércitos viles, naciones degradadas.

Por fortuna de este pueblo, y como premio de su fidelidad religiosa, como recompensa de sus esfuerzos y abnegación, ha gozado de una paz inalterable, al amparo de la que se ha concluido la grande obra que acaba de sacarnos del aislamiento en que vivíamos, y nos pone en comunicación con el resto del mundo civilizado: el telégrafo!: y, para honra de sus gobernantes, cùmpleme decirlo, que la administración me parece, hasta aquí, la de un gobierno franco, leal, sincero y hasta republicano; y de no dudar es que, en adelante, seguirá siendo el garante del orden, el promovedor del progreso, el guardian de nuestros más caros derechos, el escudo de nuestras libertades, y el estímulo de nuestras virtudes. Pero vigilad siempre, estad alerta, permaneced unidos. El centinela es indispensable para que dé el grito de alarma, y el despotismo, enemigo de las libertades republicanas, lo os coja desprevenidos.

Los gobiernos tienen sus ejércitos que afiancen su poder; y centinelas están al atalaya para contener los desmanes de los pueblos: justo es que estos estén siempre sobre aviso, tengan también sus centinelas que estén avi-

sorando para contener en tiempo los excesos de aquellos.

Así como la tendencia de los pueblos es á la libertad y á sus escollos, el libertinaje y la anarquía los gobiernos propenden de ordinario al despotismo, al abuso del poder, á aumentar esté menoscabando las libertades públicas. La sed del mando y de los honores aliciente poderoso son que conducen á los gobiernos camino de la tiranía. Vigilad pues, estad alerta. Las sociedades políticas son un sistema de fuerzas que, si bien convergen á un punto, que es la realización del gran fin social, tiran en direcciones opuestas; la autoridad menoscabando las libertades, el pueblo eludiendo el poder; y sin embargo, no siendo contrarias en lo absoluto, tienen de marchar acordes á la solución del problema social, guardando un justo y razonable equilibrio. Ni el pueblo, en uso de sus libertades, debe desbordarse; ni el poder, en ejercicio de la autoridad que le es necesaria, debe oprimir á aquel más de lo que basta para darle el debido impulso.

Yo creo, como he dicho, que el gobierno hasta aquí, se ha puesto en lo justo, ha llenado debidamente su alta misión, y las prendas que caracterizan á los que se han puesto á la cabeza del pueblo ecuatoriano, estimo como la más segura garantía de que la república no será en adelante una utopía, las franquicias una quimera, las garantías una farsa, la soberanía, con su derecho de elección, un sarcasmo, la justicia el favor ó el empeño, ni el mérito una baja adulación.

Pliegue á la Providencia que, en los venideros aniversarios de la fecha gloriosa que celebramos, no tenga que recoger mis palabras, rectificar mis conceptos: y que nadie encuentre motivo de renegar de los sacrificios hechos en la conquista de la honra y libertad ecuatorianas: que los manes de las víctimas sacrificadas en Yura-cruz, Sanandres, Chambo, Quero, Quito, Esmeraldas, y Guayaquil no tengan que echarnos al rostro la sangre con tanto heroísmo derramada; que nuestros próceres no nos hallen indignos de la libertad que, con el sacrifi-

cio de su vida, nos legaran.

Concluiré pues, dando la debida gloria al Dios de las batallas, un homenaje de honor y gratitud á los vencedores, y deseando paz á los pueblos que, como el ecuatoriano, á la sombra protectora de la Iglesia, supo vindicar en su pasada campaña, su honor mancillado, su cautiva libertad y su afrentado decoro.

Quiéñeos, compatriotas todos los que formais esta, hoy afortunada república: quereis ser siempre grandes y conservar vuestra libertad?: tened fé, sed piadosos; que solo la fé y la religión, que viven de la práctica de las virtudes, hacen verdaderamente grandes y libres á los pueblos.

Religión, moral, virtud, honor, progreso, republica-
nismo. He ahí el programa de "El Paladión."

REFLEXIONES POLITICAS.

Si el progreso consiste en ir siempre adelante, aunque sea camino de la iniquidad, preciso es confesar que bastante hemos progresado los ecuatorianos. Hay mas: estamos en el apogeo del perfeccionamiento social; hemos comenzado por donde otras naciones han concluido. Niños aún, tenemos el rostro afeado por las verrugas de la vejez, y la cabeza cubierta de las canas de la ancianidad, y con ellas todas los vicios de la decrepitud amalgamados con las locuras de la infancia. Tal así como la ramera á quien prostituyó un viejo corrompido y sin entrañas, que á su muerte no dejara á la víctima más herencia que la impudencia y con ella una destructora enfermedad, ha visto nuestra patria marchitarse la frescura de su tez en los albores de la vida, caer sus esperanzas como las hojas de un arbol azotado por los vientos,

desvanecerse sus ilusiones como las nubes al calor de un sol estival; no quedándole más atractivo que su virus contagioso, más asilo que un hospital, ni más alhagos que su anticipada vejez, y su precoz corrupción.

El virus se apodera de nuestros miembros; el cancer corroe nuestras entrañas; los desengaños torturan nuestra alma: Al hospital! si es dable haya uno donde con el auxilio de bálsamos se curen los males de los pueblos.

Tocaba á su término el siglo décimo quinto, el siglo de los descubrimientos geográficos, y, cuando el génio y la audacia de Colón habían puesto un mundo á los pies de los ingratos reyes de Leon y Castilla, muchos españoles, guiados más quizá por una antigua tradición que decía existir en las Indias una fuente que tenía la virtud de rejuvenecer á los que se bañaban en ella, que llevados por el aliciente del metal precioso que hacen las arenas de nuestros rios, se lanzaron al medio de un océano desconocido; y arrojando mil fatigas, superando obstáculos invencibles, llegaron al suelo de nuestras comarcas que ansiosos recorrieron en busca de esa fuente misteriosa. Si la hallaron, llevársela han debido; y en ella probablemente refrescarán sus carnes las bellas españolas, y le serán deudas de su ponderada hermosura: pues por lo que hace a nosotros, no la hemos encontrado. Si la hemos encontrado: no desesperemos. Sabemos de donde nace, por que campos corre, y á donde se pierde ese precioso manantial. Varios son sus nombres: como todos nuestros rios van llamándose de diversos modos según las regiones que atraviesan, así también, esa bienhechora fuente va tomando distintas denominaciones. Fé, esperanza, amor, cordura, justicia, magnanimidad, moderación, son sus nombres especiales; sabiduría es el genérico. Démosnos un baño de sabiduría y seremos rejuvenecidos; bebamos de su benéfica corriente, y seremos regenerados. Si en realidad existiera esa fuente fabulosa de que vengo hablando, y en pos de la que lesaténtados corrian los

españoles del siglo quince; si se nos asegurara que allá, en la región donde nace el sol, bajo la sombra de olorosos canelos, por vegas esmaltadas de constante verdura, en un clima delicioso donde ni el calor fatiga, ni el frío amedrenta; donde brisas siempre perfumadas regalan el olfato, vistosas flores y pintados plumajes alhagan la vista, y mil armoniosos trinos deleitan el oído; donde la naturaleza toda, uniendo los encantos de la belleza á la sublimidad del silencio ó de las cataratas que se precipitan vertiginosas, corre esa fuente que tiene la virtud de rejuvenecer á los que se bañan en ella, no iríamos aunque nos costara media vida, aún cuando la senda fuese escabrosa? Dulces, poéticos, amenos, deliciosos son los campos por donde corre el misterioso río de la sabiduría: vamos á él, aunque nos cueste media vida: vamos, démosnos un baño en sus aguas saludables: nada serán los sacrificios que nos cueste, si ellas nos han de rejuvenecer, si su frescura nos ha de regenerar. Si tal no hacemos, no nos queda más que el hospital de la desesperación para lenitivo de nuestros males, y un negro abismo por término de nuestra fatal carrera.

Escuelas, colegios, universidades, academias, periódicos, libros, vías de comunicación, crédito público, buenas relaciones internacionales, discusión, sociedades, respeto á las instituciones, obediencia á las leyes, observancia de la sana moral, y de la religión pura; libre de abusos, virtudes prácticas, no teóricas, y sobre todo ejemplos, buenos ejemplos, son los medios que debemos procurarnos á toda costa; pues son los únicos que conducen camino de la sabiduría, si no lo es ya su conjunto mismo. Numerosos ejércitos permanentes que amenacen, no solo la libertad, sino hasta los más sagrados derechos; interminables listas de generales y coroneles que consuman inútilmente las rentas públicas, siendo á la vez el foco donde nacen y germinan la ambición y la avaricia; policías secretas que corrompan la moral del pueblo y relajen hasta los lazos de la familia; aduanas é impuestos excesivos

que entran los negocios y maten la industria; prisiones para encarcelar al verdadero mérito y á la inocencia, cadenas para aherrojar á la libertad, no son vehículos que llevan al templo de Minerva; y menos aún esos impíos consejos de guerra verbales, esos ejemplos de irrespeto á las leyes, esos atentados contra la Constitución, esa piedad religiosa que cree hacer un sacrificio grato á la divinidad derramando en los patíbulos la sangre humana. Estos, como bárbaros é incultos, debemos proscribirlos; porque no son medios de civilizar á los pueblos, de ilustrar á las masas; no conducen al engrandecimiento de las naciones; y si solo á su degradación y ruina. El terror no civiliza; sirve solo para hacer miserables esclavos, ciervos abyectos; si es que los actos que se ejecutan para intimidar no hacen que mil alvos puñales estén aguzándose en la oscuridad para cuando llegue el día de las venganzas; que aunque algunas veces tarda si, pero nunca falta. Anatematicemos, proscribamos estos medios violentos de conservar el orden. Solo el mal médico cura cortando; solo el mal político no puede gobernar sin derramar sangre.

Sabiduría es el primero y principal de los dones del Espíritu de Dios: busquémola. Nuevos Salomones, pidámola, descuidando todo lo demás que se nos dará de adahala.

Sabiduría es lo que las aguas del Ganges para los Indios: tiene una virtud santificante. Los que mueren en las márgenes de ese río quedan exentos de las penas de la otra vida; y deben habitar una región llena de delicias. Vamos en pos de ella! Sabiduría es cordura, magnanimidad, clemencia. Pensar que sin estas puede hacerse progresar á los pueblos, y gobernar bien á las naciones, es una quimera. Creer que, sin educar debidamente á las generaciones que nos suceden, y con dar ejemplos escandalosos de violación de las instituciones, podrá alguna vez, hacerse práctica la república, es la soberana de las utopías.

Demos una educación sólida á la juventud, fortificando las lecciones con nuestros buenos ejemplos; ilustremos á las masas, haciéndoles conocer sus verdaderos intereses; hagamos que el pueblo sea pueblo, obediente, moral; el gobierno, guardián de las leyes; y la república, verdadera; no nominal: cuidemos de que la Carta no sea una letra muerta; y entonces tendremos derecho para columbrar una esperanza. Pero si al contrario nos vamos abellacando; si lejos de cultivar esas tiernas plantas que nos sonrien, las dejamos achaparrar con las ortigas y abrojos de nuestro ruin proceder, inmundos parásitos solo nacerán sobre ellas. Honor, virtud, dignidad, heroismo, abnegación, desinterés, amor patrio, obediencia á la ley, respeto á las instituciones, son los abonos y riesgos con que debemos fecundar esos amables retoños de nuestra caduca existencia. Con mucha razón, el gran autor del Espíritu de las leyes, dijo: que el principio de los gobiernos democráticos, ó sea de las repúblicas, es la virtud, entendiéndola en el sentido en que la toma Montesquieu, no en el que la dan interpretes poco imparciales. La virtud es el más poderoso resorte para poner en acción á la humanidad entera, sea la que fuere la forma de gobierno de las diversas naciones; y de estas, ninguna más fecunda en hechos nobles, ni más rica en grandes hombres que la república. Díganlo la sabia Atenas, la heroica Esparta; atestíguelo la invencible Roma; hablen los Estados de la Unión Americana.

Nosotros no hemos nacido en la democracia: no hemos tenido tiempo de educarnos para la República. He aquí el motivo porque somos tan pobres en grandes hechos, en virtudes patrióticas. Nuestra patria ha tenido la desgracia de ser apadrinada desde su cuna por el militarismo: y, siempre sedientos de libertad, hemos tenido la incuria de darnos instituciones más ó menos liberales que las ambiciosos han sabido romper como débiles telas de araña: cada uno se ha creído un Alejandro magno, y, como él, han reto de un cintarazo el

nudo gordiano. Por eso nos hemos acostumbrado á despedazar las constituciones cada y cuando se nos ha venido el gusto, dejando así un pernicioso ejemplo que hará quizá por largos siglos irrealizable el dorado sueño de vivir en República; sobre todo si continuamos en tan sacrílega práctica, si no llegamos alguna vez á ser cuerdos, y hacemos que la carta fundamental sea inviolable, y no una oncegera. Ese militarismo descorazonado, esa soldadecza endurecida en el fragor de los combates, se ha habituado á tener en nada la vida de los ciudadanos, á imponer su voluntad sobre las leyes, remplazando las boyenetas á la soberanía popular, dictando sus caprichos á nuestras inermes aldeas.

Los genízaros de Constantinopla no llegaron á disponer del imperio, sino cuando el Oriente llegó al extremo de la corrupción: los pretorianos en Roma no jugaron con el trono y los emperadores, llegando á poner en venta el imperio, sino cuando hubieron desaparecido de las márgenes del Tiber las virtudes republicanas; y esa señora del mundo, decrepita ya, hundiéndose en el cieno de sus bacanales, prostituyó hasta el pudor de sus dioses: la milicia de Algeria tampoco llegó á hacer y deshacer del Dey, sino cuando, caduca ya la nación, se estragó la pureza de sus costumbres, y se extinguió el amor patrio en el pecho de los ciudadanos. No he tenido razón en decir que hemos comenzado por donde otros han concluido, que niños aún tenemos el rostro afeado por las verrugas de la vejez, y la cabeza cubierta de las canas de la ancianidad, y con ellas todos los vicios de la decrepitud amalgamados con las locuras de la mocedad?

El militarismo no regenera, no civiliza; corrompe solo para oprimir mejor: destierra la luz para enseñorearse en las tinieblas. Las guerras no llevan la dicha á los pueblos que la hacen; las revoluciones no edifican ese ídolo de la felicidad de las naciones, ni hacen el contento del hogar: la discordia nunca ha sido deidad bienhechora: y el germen de las discordias, el origen de las aso-

nadas de cuartel, que se han condecorado con el nombre de revoluciones, está en el militarismo. Compatriotas, curemos el mal, quitando primero la causa. Nuestros padres, hostigados del militarismo, se dieron un presidente ciudadano; pero también éste concluyó por condecorarse con la casaca colorada que tanto aborrecía. Nosotros, nuestra Convención, para hablar con verdad, nos ha dado también un presidente civil; pero éste se ha hecho ciego, para no ver los atentados de sus militares; sordo, para no oír las quejas del pueblo; y, harto débil, se está allí dejando imponer la voluntad de sus soldados, y talvez tranquilo presenciando las tropelías de que éstos se están haciendo reos.

Se ha protestado contra el infame asesinato perpetrado en la persona del interesante joven Leopoldo González: yo he pedido que se mande el juzgamiento de los reos: y la contestación, como si se tratara de una pámema, es el parte telegráfico publicado en el boletín N^o 23: el modo de reparar ese atentado es cometer otro crimen: es el nuevo asesinato con su correspondiente consejo de guerra verbal: doble infracción de la Carta. Estudiante necio, loco incorregible, ha rasgado una foja de su libro, y, para enterarla, rompe la siguiente.

Otra cosa será que esos señores militares nos digan "no cesareis de citarnos leyes viendo que ceñimos espada?" como respondió Pompeyo á los de Mesena que recusaban su jurisdicción inhibidos por una ley antigua de Roma. Otra cosa será que, asumiendo la responsabilidad, declaren la insuficiencia de las leyes y sustituyan á estas su querer. Pero donde están las legiones romanas á cuya aproximación abandonó Perpenna la Sicilia? Dónde el valor y prudencia del general que dió la última mano á la colosal obra de la grandeza de Roma? Si los batallones que están al mando de aquellos llegaran á conocer que sus jefes quieren volverse carniceros y asesinar á los ciudadanos, de seguro que volverían contra ellos sus armas, antes que mancharse con sangre latini-

cida, degollando á sus hermanos indefensos; porque nuestros soldados saben que no son esclavos ciegos de nadie, sino guardianes de la Constitución y las leyes, custodios de las garantías de los ciudadanos, que les pagan con el sudor de su frente para que les defiendan de los enemigos exteriores, y conserven el orden en el interior. Y bien será apunte que Pompeyo no hizo mal alguno á los Meseños. Insuficiencia de las leyes... pero dónde está el génio criador, la inteligencia colosal, la abnegación probada, el patriotismo desinteresado del Grande Hombre;? donde el podio que ha de sustentar las columnas de la tiranía? en la Iglesia, en la Religión? Estas nunca han podido apoyar, ni jamás darán su aprobación á los actos de barbarie. Pequeñuelos que somos, seria locura pretender tomar en nuestra mano la clava de Hércules.

Yo sé que nuestro actual Presidente, el Excelentísimo señor don José Maria Plácido Caamaño, y el Honorable Sr. Mtro. de la Guerra J. M. Sarasti, no eran amigos de la política de García Moreno; que el señor Vicepresidente tampoco se moría por él, y el Honorable señor Ministro de Instrucción pública y Estadística le odiaba: y sabido es que ese coloso á quien tuve la honra de ser el primero que le diera el dictado de Grande, así como se distinguía por sus raras virtudes entre las que sobresalían su moral austera, su piedad religiosa, su abnegación, su patriotismo, su amor al progreso & & tuvo también sus lunares, como es propio á la condición de los humanos; y que su defecto capital que le conquistó el apellido de tirano, que le daban talvez los mismos señores de que hablo, fué su arbitrariedad, sus ímpetus arrebatados, su precipitación, sus consejos de guerra verbales: y bien claro se está que éstos señores, patriótas sinceros, republicanos virtuosos, no aborrecían en Garcia Moreno sus virtudes, sino sus defectos, sus consejos de guerra, sus fusilamientos por delitos políticos; de otro modo estarían en el caso de menos valer. Y cómo es que hoy si no son los que ponen

en práctica esas mismas arbitrariedades, esos mismos consejos de guerra verbales, esos mismos fusilamientos que detestaban en el tirano, por lo menos los toleran, pudiendo y debiendo impedir, y dejan impunes á los criminales? Lo bueno se debe imitar aún de los pequeños; lo malo ni de los más grandes. No tengo necesidad de detenerme en demostrar que es malo violar las leyes, que es crimen el asesinato: bien lo saben ellos. Y si lo saben, por qué se empeñan en draconizar el Evangelio de Jesucristo? Si Dios no recibe esta clase de holocaustos, por qué se empeñan en ofenderle, y provocar su justo enojo, prodigando la sangre humana? Obcecados cristianos, se empeñan por establecer en nuestro suelo los sacrificios Druídicos, como si Jesus fuera Teutates.

Si las razones no bastan para convertir a esos malos cristianos, y encarrillarlos por el camino de la virtud, quizá por egoísmo la podrán practicar.

Palabra del Espíritu Santo es que: "quien á cuchillo mata á cuchillo morirá": y harto bien sabemos que rara vez ha dejado de tener cumplimiento esta palabra. Casi todos los reyes de Judá, para no citar más ejemplos, que ascendían al trono de Jerusalén, en los últimos tiempos, asesinando á sus predecesores, fueron á su vez, víctimas del asesinato de los que les querían suceder. Harto hemos experimentado en cabeza ajena: seamos prudentes, aprovechemos de las lecciones de la experiencia: la experiencia también es sabiduría, ó cuando menos la engendra. La historia [me atreveré á desafiar á Cicerón] es el caudal de experiencia adquirido por la humanidad á costa de torrentes de sangre derramada, y un océano de lágrimas vertidas. No aprovecharnos de las lecciones de esa experiencia es necedad, más que necedad, insensatez. Es ahogarse en ese océano de lágrimas, y querer alimentar de nuevos torrentes de sangre.

Algunos lobos sedientos de sangre humana han dicho que la paz, el orden reclaman tales medidas severas: que es necesario escarmentar á los perturbadores. Ciertamente que la paz, y solo la paz es el primer elemento pa-

ra emprender en la grandiosa tarea de labrar la dicha social; pero la paz es el fruto de la cordura, es un resultado de la sabiduría. La paz, ese alto cedro del Líbano, ese roble secular de nuestras selvas, à cuya sombra se cultivan y crecen las virtudes cívicas y políticas, es para los pueblos lo que el rocío para las plantas: él las fecunda y las hace dar apetecibles frutos: ¿quién niega las ventajas de la paz, quién pone en duda la utilidad del orden? Pero el medio de restablecer este, de cimentar aquella, no es bueno: paz que se funda en sangre, no puede ser duradera; tranquilidad que se cimienta sobre cadáveres, no puede sostenerse. Otra cosa es si solo apeteceamos la paz de los sepulcros. Si así es, si esta paz es la que quieren los carnívoros, derramen cuanta sangre quieran, en su interés estará; en su derecho, en la razón humana, nunca; y menos en la divina cuyo reflejo es aquella. Aprovechémosnos de las lecciones de la experiencia, dejémosnos guiar alguna vez por la sabiduría. La experiencia para algo ha de servir; para algo hemos de saber la historia. Si estudiamos la historia por el mero prurrito de parecer ilustrados, no somos discretos; si por simple curiosidad, somos unos insensatos.

Extendamos nuestra vista allá donde tiene su asiento la capital del mundo católico. Los mares de Italia plagados están de piratas; sus vajeles recorren libres las costas, y ván sembrando en ellas la desolación, difundiendo el espanto. La vida, la honra, la hacienda no tienen garantía ni escudo alguno contra los ataques de esos bandidos que se han adueñado de los mares. La invicta Roma vacila; tiembla ante tan inminente peligro. El mal vá en aumento no obstante su poder naval; este le faltá ya; sus generales nada pueden á pesar de que emplean los más severos remedios: el mal se hace más inminente. En tamaño conflicto no halla más salvación que en la prudencia de su Cónsul. Pompeyo el grande, el magnánimo caudillo, con su cordura y tino se apodera de algunas embarcaciones de los piratas y de sus personas, y sin hacerles daño alguno, los trata con benignidad.

Los demás conciben con esto buenas esperanzas, y huyendo de los otros caudillos romanos, se dirigen á Pompeyo y se entregan á discreción con sus hijos y mujeres. Este perdona á todos, y por su medio puede descubrir y prender á otros que procuran esconderse, porque se reconocen culpables de las mayores atrocidades; pero los trata tambien con benignidad, y de este modo termina la guerra contra los piratas, y quedan destruidas las piraterías en toda la extensión del mar, en el corto tiempo de tres meses, habiendo tomado además otras muchas ciudades y naves. Ya veís que más puede la clemencia que la crueldad? Cesar, vencedor en el campo de Farsalia, no triunfa tanto con las armas como con la clemencia; no busca siervos con el terror ni la persecución, sino que hace amigos con su benignidad, perdonando á sus enemigos: y su clemencia, no el terror, es lo que afianza su consulado perpetuo.

Si nuestras ingratas tierras hubiesen sido capaces de producir un Pompeyo ó un César, la revolución habria sido sofocada en su origen, ó terminado habria la guerra civil encendida, sin que se hubiese manchado la victoria, sin que se dejaran venganzas y resentimientos en los pechos de los ciudadanos, que quizá no sean origen de mayores males. No se habrian arrancado tantas lágrimas, haciendo neciamente tantas víctimas; ni derramando sangre de prisioneros y hermanos.

Pero á qué traer lejanos ejemplos? Veintemilla, el penúltimo presidente á quien dimos en tierra, á costa de tanto esfuerzo, porque, violando la Constitución, proclamó su dictadura, y á quien todos llamaban inepto, imbécil; sin derramar sangre de nadie; fuera de los combates, sin fusilar prisioneros, supo conservar en paz por siete años su solio usurpado. Nuestros gobernantes, oh mengua! se confesarán menos cuerdos que él? cederán en sabiduría y prudencia al que han llamado soldado de la fortuna? Luego para restablecer el orden y la paz, no son necesarios los cruentos sacrificios de víctimas humanas con que hoy nos están regalando. Los generales Yépezy Landázuri

caen sus prisioneros, los hace juzgar, y los tribunales los condenan; pero él más sesudo, los pone en libertad, los trata con clemencia, y de enemigos que eran los vuelve sus amigos. El primero le sirvió agradecido, sosteniendo su dictadura en el Norte, y el otro fué nombrado coronel suyo, y en su servicio sofocó un movimiento revolucionario en Tulcán. Si Veintemilla infringiendo la Constitución, como ahora se hace, hubiera fusilado á estos generales, se habría sostenido tanto tiempo; habría tenido un amigo grato que lo sostenga?; habría podido la regeneración tomar la capital sin el poderoso brazo de Landázuri? Los hombres, mientras les dejemos la vida, para algo ó mucho de bueno sirven: hacer cadáveres, es solo dar provecho a los gusanos. De González é Infante no habríamos podido esperar que un día prestaran interesantes servicios á la patria? Acaso porque se abraza una opinión, porque se entra en una revolución, que cada uno cree ser buena, un hombre es ya reo de muerte? — Por ahí miro un inberbe que, trocando sus libros por el rifle, está levantando cabeza de gran caudillo. Eladio Valdes, el colegial alocado, el estudiante travieso, el amigo festivo, el condiscípulo del humilde autor de estos renglones, está siguiendo el camino de los héroes; sus juegos toscos de antaño, se han cambiado ocaño en prodijios de valor; sus travesuras se han trocado en nobles acciones. Quien lo creyera! de un colegial alocado se ha hecho un militar instruido, de un estudiante ocioso, ha salido un capitán discreto, y, por su cordura, acreedor á todo encomio. Respecto de su valor y aptitud nada tengo que añadir á la buena fama que le han conquistado; pero la prenda que más estimo en él es la prudencia; lo que más tengo de admirar es su magnanimidad, su tino, su moderación, su respeto á la Constitución y á las leyes; su entereza para resistir á las tentaciones de hacerse funestamente celebre, como está haciéndose moda en nuestros inexpertos é improvisados jefes. Si los revolucionarios del centro hubiesen tenido la desgracia de caer en manos de algunos de esos bueldistas cris-

tianos, que tienen en tan poco la vida de los ciudadanos, y que creen á los conspiradores reos de sacrilegio, porque indirectamente atentan contra sus empleos, y piensan que asesinar es servir á Dios, cuanto antes habrían estado agradeciendo el servicio de haberles ahorrado la pena que sufren con la privación de su libertad. Pero tuvieron la fortuna de caer prisioneros de mi amigo Valdes, quien, como valiente, no supo abusar de su debilidad de ellos; prudente les preservò de la furia de algunos, y, muy cuerdo, no quiso presidir el consejo de guerra que debía condenarlos. Si, Eladio Valdes, el bravo soldado del 14 y 15 de Noviembre se ha convertido en capitán prudente, el batallador de Pisque y del 10 de Enero se ha vuelto héroe, y se està exhibiendo como dechado que imitar debieran nuestros quintañones generales que nada han podido ganar en sabiduría, á pesar de tantas canas. ¿De saberse es que los dichos prisioneros están muy agradecidos de Valdes por su buen trato, y son quizá sus mejores amigos. Porqué no se procura más bien hacerse amar ántes que hacerse temer? No es mejor gobernar á ciudadanos que obedezcan á la ley, que á esclavos que nos odien y no se muevan sino, como los subditos del Celeste imperio, con el auxilio de bambú? Lo primero es reinar; lo último es oficio de caporales.

El mismo Lundázuri, ese verdadero león del Norte, cuyas supuestas derrotas que, no siendo más que una guerra de posiciones sábiamente combinada, sembraron lo que los afortunados del Sur cosecharon, no sin trabajo también de su parte, ese héroe cristiano, ese remedo del Cid, que saca su valor de su fé, su heroismo del fuego del amor patrio que como llama divina resplandece en su pecho, es otro dechado digno de imitarse. Feroz en el combate, á la vanguardia siempre, embiste con arrojo que raya en la temeridad; pero una vez conseguido el triunfo, la paloma no le escede en suavidad. Lluvia torrencial de nuestros climas, cae estrepitosa, bramadora; pocos minutos, y una apacible calma se sigue á la tormenta. En Ibarra, con un puñado de valientes, sitia, estre-

cha, y obliga á Yépez à vergonzosa capitulación, no por las condiciones, si no porque 400 bien armados se rinden á cuatro provistos de inútiles pistolas. Yépez está en su poder, y con él los jefes y soldados de Veintemilla. Hasta prevaliéndose del derecho que tenía para culparle de traición à la causa, habría podido hacerle un mal; pero ni consejo de guerra verbal, ni fusilamiento, ni cosa que huela á esos ya rancios recuerdos de arbitrariedad: y Yépez quedó con tantas y mas garantías como si hubiera hecho una cosa buena.

No es prudencia reducir á los enemigos á la desesperación; no pericia obligarles á que prefieran morir combatiendo á entregarse prisioneros. Los Romanos que tan clementes se portaban con los prisioneros hechos en guerra internacional, pasaban á cuchillo inexorablemente á los prisioneros hechos en guerra civil; y esta bárbara costumbre de no dar cuartel á los hermanos hacía que sus guerras civiles fuèsen más desastrosas. De morir asesinado, indefenso, vale más sostenerse hasta vencer, y cuando no, morir con honra en el campo de batalla", era el discurso de cada combatiente; y así, obstinados, luchaban con ciega desesperación.

Un crimen arrastra à otro: la impunidad es fecunda en delitos. La impunidad en que se ha dejado el asesinato perpetrado en la persona del interesante joven González, ha dado brios á otros para que alevos asesinen al honrado patriota don Nicolás Infante: la impunidad en que van quedando estos escandalosos atentados estará preparando ya en los mismos criminales, y en otros que apetecen la triste gloria de apagar su sed con sangre humana, nuevas escenas dolorosas con que regalar á los ecuatorianos, conque aplacar los instintos feroces de ciertos cristianos que, con más propiedad, deberían apellidarse caníbales.

Presidente, encargado del poder ejecutivo: á vos toca reparar el mal, á vos corresponde reprimir el crimen. Si no sois vos quien ha ordenado y facultado esos asesi-

natos clamorosos, si no sois quien ha autorizado esas infracciones de Constitución, no por eso dejais de cargar la debida responsabilidad. Al tomar posesión de vuestros empleos jurado habeis por Dios Nuestro Señor y los Santos Evangelios desempeñar con fidelidad el cargo, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes: si así lo hiciere, habeis añadido, Dios me ayude y sea en mi defensa, y si nó, El y la Patria me lo demanden.”

Aunque pues no seais quien ha dejado de guardar la Constitución, habeis faltado à la otra parte del juramento, hacerla guardar: y entonces à vuestra falta se añade el perjurio: y no puede menos de ser sacrilegio una infracción en que, faltando à la fé jurada, os burlais del Dios à quien habeis puesto por testigo de vuestro buen proceder: y cómo creis que ese mismo Dios, cuyo nombre habeis profanado, os ayude, y sea en vuestra defensa? Satanás, el Anticristo son sin duda los que os hablan al oido, convertidos en la paloma que fingia el profeta de la Meca, y no el Dios de los cristianos.

Sabbacon era rey legítimo de su pueblo, y buen rey, si es dable haya alguno que no sea perverso. [*] Durante su sueño el Dios de Tebas le ordena dar muerte à todos los sacerdotes de Egipto. El precepto de un Dios es sagrado; desobedecerle sería sacrilegio: y cuando un Dios lo mandaba cosa buena debia de ser. Cualquiera de nuestros cristianos que, por inspiración diabólica, creen servir à Dios y su Iglesia con degüellos meritorios; cualquiera otro que no fuera de los reyes pastores, y Sabbacon, de muy buena gana, muy religiosamente habria degollado à los sacerdotes, y dejado à Osiris y Odin sin sacrificadores: pero Sabbacon tenia la virtud de la magnanimidad, daba culto à la clemencia, era cuerdo, tenia el don de la prudencia: juzgando pues que los dioses, al ordenarle cosas manifiestamente inicuas, querian destruirle, ya que no era su voluntad continuase reinando, dejó el poder y se retiró à Etiopia. Mas vale dejar los cetros y las diade-

—(*) Es muy corta la lista que pudiéramos formar de los reyes buenos.

mas antes que cometer una iniquidad, mejor es humillar nuestro orgullo en aras de la justicia, mejor es sacrificar nuestra ambición antes que obrar el mal.

Pospner nuestro propio bien al de otro, al de la patria, es magnanimidad, desprendimiento, cordura, estar sobre el nivel del vulgo. Sacrificar nuestros intereses en bien de la patria, es heroismo y el mayor de todos: es más virtud que la de arrostrar los peligros, ó lanzarse impertérrito en lo más sangriento de los combates: esto último se llama solo valor. La virtud de la magnanimidad nos diviniza: el valor, como cualidad comun, nos deja aún inferiores á las bestias: el valor de los combates nada tiene de superior, desde que lo tienen también los negros y los bandidos. Si los demonios bajo la forma de católicos, os han dicho que solo el terror que engendra el patibulo puede dejar asegurado el orden, sofocada la revolución, aunque vuestros intereses os persuadan de ello, renunciad antes el cargo, entended que los dioses no quieren que sigáis gobernando. Tanto vale ser uno el que clave el puñal en el corazón de la víctima, como ser el que lo ordene, sabiendo que de seguro ha de ser obedecido, ó como aplaudir y aprobar el asesinato despues de perpetrado: y, aprobar es dejar que los asesinos, gozándose en su impunidad, estén allí insultando á sus víctimas. Perseguid pues, castigad á los criminales autores de tantos asesinatos é infracciones de Constitución; escarmentad á esos falsos cristianos; sino vos, y solo vos cargareis la responsabilidad de esos crímenes, y con eso echareis un terrible borron en nuestros anales. Y si bien podreis obtener la absolución en las cámaras del 85, no eludireis vuestra responsabilidad ante la historia, y menos ante el Juez que no sabe distinguir rango, linaje, riqueza, ni cosa alguna del barro deleznable que hace orgullo de los grandes de la tierra: esto sin cortar las consecuencias que este proceder acarree, y con las que cargareis también.

Quito, 1885.—Imprenta de J. P. Sanz.—por José María Sanz.